

CLARA
VOGHAN



NO
TE OLVIDES
DE
RESPIRAR



Clara Voghan

No te olvides de respirar / Clara Voghan. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Reading&Relax, 2020.

Libro digital, Amazon Kindle

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3961-08-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Policiales. 3. Narrativa Erótica. I. Título. CDD A863

Copyright © 2020, Clara Voghan

© Reading&Relax, 2020

Edición digital. ISBN: 978-987-3961-08-3

ISBN 978-987-3961-08-3



Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Se reservan todos los derechos, incluyendo el derecho de reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento.

ÍNDICE

SIN AIRE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DESCARGO

La que sigue es una historia de ficción.
Cualquier semejanza con hechos y personajes de la realidad es mera
coincidencia.

SIN AIRE

*Villa La Angostura, departamento Los Lagos, provincia de Neuquén, Patagonia Argentina.
Año de la Misericordia, agosto del 2015.*

Las sombras de la tarde comenzaban a cubrirlo todo, manchando con tinieblas las certezas de la mañana. Las dos mujeres se miraban por primera vez sin máscaras, con despiadada sinceridad. El odio transformaba su bella juventud, volviéndolas temibles criaturas de las sombras.

—Siempre fuiste malvada. Sólo que los demás no se daban cuenta.

—¿Sí? Quizás tengas razón. Al parecer eres mejor que yo en todo. Y por eso no vas a dispararme. Porque, ¿cómo sobrevivir a tu conciencia? Mi fantasma te perseguiría, incansable. Lo sabes bien.

Un silencio profundo las cubrió con su sombra.

—Entonces, primita, ¿qué eliges?... ¿Qué es peor? ¿Qué yo dispare y perder tu vida..., o matarme, y perder tu alma?

* * *

—Aquí el cabo Benítez, desde el apart hotel La Esperanza...

—¿La Esperanza?... ¿Cuál es ese?

—El que queda al lado del Bahía Manzano.

—¿El de las primas?

—¡Ese!

Desde la central el sargento se impacientó.

—¿Qué pasa ahora con ellas? Esas dos me tienen harto.

—Tengo femenina con disparo de arma de fuego.

El otro pegó un respingo.

—¡Ya mando la ambulancia!

Benítez echó una nueva mirada al bello cuerpo que manchaba la alfombra, y suspiró.

—No, sargento, ni se gaste. Mande a la científica no más. Hay sesos regados por todas partes.

—¡Maldición! ¿Es una de las primas?

—Sí.

—¡¿Y la otra?!

Un silencio tenso surcó la línea.

—La otra... La otra es la que la mató.

El sargento Gómez se echó hacia atrás en la silla.

Siempre había sabido que una historia tan oscura como esa no podía tener un final feliz.

UNO

Diez meses antes.

Francisco ajustó el foco con pericia, buscando, como cada mañana desde que se habían mudado allí, esas imágenes que lograban consolarlo de su vida oscura.

Ahí estaba ella, como cada día, y tan hermosa como siempre. Su rostro sereno parecía iluminar el sol que asomaba por el borde del lago. Su cabello renegrado y lacio, que habitualmente ataba en una única trenza lustrosa, estaba suelto. Le encantaba verla así. Era como capturar con el telescopio algo de esa intimidad que Julia se empeñaba tanto en ocultarle. Le gustaba también su forma de sorber con voluptuosidad el té humeante. Casi podía sentir la caricia de esos labios carnosos y sensuales en su propio sexo, rendidos a su masculinidad. Le resultaba deliciosa la manera en que ella jugueteaba con su suéter inmenso, ahora cubriéndose, ahora mostrando parte de su piel desnuda. Perderse en la curva de su espalda, cuando se estiraba para dar cuerda al reloj del patio. Y es que Julia era así, alta, imponente, perfecta. Con formas generosas e invitantes. Y hasta verla tratar al viejo con una paciencia infinita lo hacía vibrar. Lo excitaban terriblemente esas caricias tiernas. Se imaginaba a sí mismo siendo atendido de esa forma, sentado, mientras Julia contoneaba su cadera perfecta frente a él. Sí, ya casi podía sentir el olor húmedo de su intimidad ardiente. Ya casi podía escuchar...

—¿Acaso no escuchas, Francisco?!... Hace media hora que el niño no para de llorar. ¿Otra vez estás perdiendo el tiempo con el telescopio? ¿Desde cuándo te interesa tanto la naturaleza?

—¿También en esto vas a controlarme? Hasta nuestro hijo tiene más libertad que yo. ¡¿Es que no merezco cinco minutos de paz por las mañanas?!

—Hace media hora que llora el niño. Lo sé, porque es el tiempo que me llevó desayunar, preparar tu desayuno, tender las camas, bañarme y estar lista para ir al trabajo.

Francisco pensó que no había derecho a que su mujer empleara a su gusto esa dichosa media hora, mientras que a él no se le permitía hacer lo mismo. Pero para evitar más peleas decidió callar.

Miró hacia el telescopio y suspiró.

Tomó al niño con resignación. Un nuevo día en aquel paraíso ajeno estaba por comenzar.

* * *

Julia apretó el suéter contra su piel desnuda. Le encantaba cuando el apart hotel estaba desierto de huéspedes y podía darse el lujo de disfrutar a sus anchas del paisaje. Ese pequeño patio de lajas frente al lago se convertía entonces en su paraíso privado. Jamás se cansaba de tanta belleza, y cada mañana sentía el mismo asombro que la primera vez, más de cinco años atrás, cuando había llegado de Buenos Aires en busca de un nuevo comienzo.

—Vamos, Julia, ¡apresúrate! Tengo que ir al banco a retirar cincuenta millones de dólares.

—¿Cincuenta millones? ¿Piensas realizar alguna inversión inmobiliaria, papá?

—Sí. Pienso comprar todas estas cabañas que tanto te gustan. Y la casa de al lado también... Y unos chicles.

—¿Chicles, papá? Sabes que no tienes permitida la goma de mascar porque te atragantas. Compraremos caramelo-

los.

—Entonces no sigas perdiendo el tiempo y vamos al banco.

—Hoy no, papá. Es feriado.

—¿Me tomas por un viejo tonto?! Hoy es martes.

—Pero es feriado bancario, papá. Claro que no tienes de qué preocuparte. Ya saqué el dinero que necesitas para comprar tus dulces. Así que si te apuras a tomar la leche...

—No, no y no. Porque ya veo que está llegando ese tonto que siempre te da charla, y entonces te vas a olvidar de mí. ¡Y yo necesito ir al banco para comprar mis chicles!

Julia perdió la mirada por el sendero.

Sí, el buen doctor Reyes estaba abriendo el portón de entrada.

No pudo evitar sentir algo de satisfacción. Era la tercera vez en menos de una semana que Federico llegaba hasta allí sin motivo alguno, dispuesto a decir algo que nunca terminaba de salir de su boca. Siempre iniciaba la charla con resolución, para acabar en balbuceos. ¿Se animaría esta vez? Y, más importante aún, ¿aceptaría ella su invitación? Porque él era todo un proyecto. No demasiado lindo quizás, pero decididamente fácil de manejar. Buena persona, inocente, e incluso un poco pasmado, el joven doctor parecía un pretendiente a la medida de sus sueños.

—¿Julia! No te vi en Misa el domingo y pensé confirmar que estuvieras bien.

—No, es que tuve mucho trabajo. ¿Quieres un té? Todavía está caliente.

—No. Recién vuelvo del cementerio y tengo el estómago cerrado. A pesar de que ya pasaron tres meses, no termino de resignarme a la muerte de mamita... ¡No sabes lo afortunada que eres de tener todavía a tu padre contigo!

Julia observó los infructuosos esfuerzos del viejo por tomar la leche sin mancharse, y el desastre que ya había hecho con la mermelada de rosa mosqueta, así que sonrió.

—Sí, soy muy afortunada... Pero, siéntate al menos.

—Es que... Prefiero estar parado. Es decir... ¿sabes, Julia?, hace algunas semanas que me he propuesto hablar

contigo sobre algo... Algo personal...

—Te escucho —se apuró a decir ella, tratando de dejar claro su gran interés en tan esperada charla.

Pero tanta gentileza pareció abrumar a su candidato perfecto que, ante la total atención de su amada, una vez más se hundió en balbuceos irritantes.

—Yo, Julia, yo... Sabes... Desde que te conocí, yo... De verdad, Julia, tu eres tan... tan...

La muchacha se impacientó: demasiadas campanadas.

—Eres tan... tan...

Y entonces, como por arte de magia, las palabras comenzaron a salir de la boca del joven y atribulado doctor.

—Eres tan hermosa, tan buena persona. Eres tan paciente. Tan simpática. Tan interesada en todos. Tan decidida, tan... tan...

¡Ahí iba otra vez! De nuevo las campanadas, la agonía. Julia suspiró, y por un momento se distrajo mirando más allá del camino.

—Julia, tú eres tan... tan buena persona. Eso ya lo dije. Tan... Tan...

—¡Putá!

El doctor Federico Reyes la observó con sorpresa. Ese no era el final de la frase que tenía en mente.

—¿Perdón?

—¡Putá, putá, putá! —la escuchó decir una vez más, hundido en la más profunda zozobra.

—Julita... ¿Por qué dices eso?

Pero su amada parecía no reparar en él, enfrascada en su furia.

—¡La putá, no lo puedo creer!

—¡Julita!, nunca antes había escuchado malas palabras salir de tu boca. ¿Se puede saber que...? —comenzó a decir el buen doctor, mientras se daba vuelta para descubrir aquello que estaba perturbando a su amiga.

Y entonces la vio. Como una aparición, una mujer joven, de una belleza sorprendente, se dirigía con encanto hacia ellos. Caminaba por la senda, casi se deslizaba, como si se tratara de un ángel.

Federico echó una nueva mirada hacia Julia. Ahora su figura, contraída por el enojo, parecía afearse ante la belleza serena de la otra. Eran como dos opuestos: una, alta, delgada, de cabellos renegridos y rasgos exuberantes, y la otra, rubia, pequeña, pero de formas invitantes y perfectas. Con unos ojos tan claros como oscuros eran los de la dueña de casa. Con un gesto tan encantador, como amargo parecía ahora el de su oponente.

—¿Se puede saber qué mierda haces aquí? —le espetó Julia a la recién llegada.

—Hola, prima. Yo también te extrañé... —y dirigiéndose a Federico con una sonrisa encantadora, agregó— Hola, mi nombre es Alma. Soy la prima de Julia.

Aquel candidato perfecto trastabilló. Generalmente lo inquietaba la proximidad de una mujer hermosa, pero esa era la más bella que había visto en toda su vida, (además de su mamita, por supuesto).

—Ho... Hola. Soy Federico. El doctor Federico Reyes.

—¿Doctor? —preguntó la recién llegada con preocupación—. ¿Te ocurre algo, Julia? ¿Estás enferma?

—¡Claro que estoy enferma! ¡Tú me enfermas!... ¿Quién mierda te dio mi dirección?

—¡Julita, no te conocía esos modales! —se espantó el candidato.

Pero ninguna de las dos mujeres reparó en su sensibilidad herida.

—Me la dio nuestro abogado, por supuesto. El doctor Yáñez.

—Tendría que haberlo imaginado. Ningún tipo se te resiste, ¿no?

—No me la dio por eso, sino porque se enteró de mi situación —respondió la otra, ofendida—. Es a ti a la que le gusta manipular a la gente, Julia, no a mí, ¿lo recuerdas?

—¿Qué viniste a hacer aquí? ¿Acaso se te perdió tu marido millonario? ¿O ya se dio cuenta de que eres una puta, y te echó de la casa?

El gesto de la recién llegada se ensombreció.

—No digas esas cosas horribles, Julia. No ahora. Alberto está muerto. Lo asesinaron —dijo en un susurro, justo antes de echarse a llorar en los brazos de su prima, que sin embargo la acogió con indiferencia.

—¿Lo asesinaste tú?

—¡Julia! ¡Cómo puedes decir algo tan horrible! —reclamaron a un tiempo Alma y el joven doctor, unidos en igual espanto.

Pero la otra insistió.

—¿Acaso viniste hasta aquí escapando de la policía?

—¡Claro que no!... Aunque, es cierto, al principio todos pensaron que era la culpable. Y es que la gente no logra entender que alguien como yo pueda enamorarse de un hombre cuarenta años mayor.

—Y cuarenta millones más rico —concluyó Julia con malicia.

—Eres igual que todos los demás. Es difícil comprender un gran amor. Nadie va a entender nunca lo que hubo entre mi marido y yo... Y quizás por eso la policía se apuró a dudar de mí. ¡Y sí, me detuvieron!... Lo hubieras disfrutado mucho. Estaba en la cárcel, y no paraba de llorar por él. ¡Fue horrible!

—Entonces es verdad que te fugaste.

—¡Claro que no!... Tuvieron que soltarme. Yo no tenía ningún motivo para matar a Alberto. ¡Yo lo amaba! Mi hijastra, en cambio... Ella nunca perdonó nuestro amor. Y, lo que es peor, que el padre derrochara conmigo el dinero que ella heredaría a su muerte. Y entonces...

Alma se encogió por el llanto, y el doctor Reyes caballerosamente fue en su auxilio. Pero la muchacha no tardó en sobreponerse para continuar con su relato.

—Ya quedó demostrado que fue Olivia, mi hijastra, la que le tendió una trampa y mató a su propio padre —dijo Alma con amargura, mientras volvía a abandonarse a un llanto sentido y sincero.

El doctor Reyes se conmovió hasta el punto de abandonar su timidez y esbozar una caricia.

Julia lo miró con reproche.

—¿Qué mierda viniste a hacer aquí, Alma? —vociferó luego—. La Angostura queda a más de mil seiscientos kilómetros de Buenos Aires y esa vida de ciudad que tanto te agrada.

—Acaban de soltarme de la cárcel, ¿no escuchaste? Nunca quise el dinero de Alberto, así que no me ha dejado nada. Sólo el recuerdo de su gran amor. ¡Estoy en la calle, Julia! Y tú, te guste o no, tú eres mi única familia. Tienes que recibirme... Me lo debes.

—Yo no te debo nada.

—¡No puedo creer que seas tan desagradecida! —se quejó Alma con pena. Y dirigiéndose al joven doctor comenzó a explicarle—. Cuando murió la madre de Julia, su padre la dejó en casa. Mi familia la acogió con todo el amor. Desde los ocho años que nos criamos como hermanas.

—Tú tenías ocho. Yo, apenas siete. Y eso de que alguna vez fuimos como hermanas...

—No puedes ser tan desalmada. No después de todo lo que mis padres hicieron por ti, y la forma sincera en que te amaron. ¿O acaso vas a negarlo?

—No sigas, Alma. El doctor Reyes aquí presente no me deja mentir. No soy dueña de este apart hotel. Simplemente trabajo aquí, lo dirijo. Muchos meses en el año tenemos ocupación plena y el personal doméstico tiene que apiñarse en la cabaña del fondo. Y yo ya tengo a mi padre viviendo conmigo, así que...

Un rayo pareció fulminar a la bella Alma.

—¿Tu padre? ¿Este señor mayor es el tío Augusto?

—Sí. O lo que queda de él.

—¡Dios mío! Creí que no lo volvería a ver jamás... Pero, si ese es tu padre... ¡Él siempre fue inmensamente rico!

—¡Por favor! No tiene ni un centavo.

—¿Le quitaste todo su dinero, Julia? ¿Te aprovechaste de un pobre viejo para quitárselo?

Esta vez le tocó el turno a la recién llegada de ser la destinataria de la mirada horrorizada del buen doctor Reyes. Julia, en cambio, ni se inmutó.

—No tuve oportunidad —se apuró a responder—. Su última novia se llevó lo poco que quedaba.

—No puedo creer que te aprovecharas de un pobre viejo enfermo. ¡No tienes corazón! Sé que odiabas a tu padre. ¿Entonces, por qué otro motivo, más que el dinero, te estarías haciendo cargo de él?

Federico acompañó la mirada inquisitiva de la otra, así que Julia se limitó a responderle a él.

—Jamás odié a mi padre. Eso no es cierto. Y agradezco a Dios esta última chance de recomponer la relación con él antes de su muerte.

—¡Qué cínica! —se quejó Alma.

Y el joven doctor ya no sabía a quién creer.

—¿Cínica?... No pienso volver a tolerar tus insultos. Regresa por donde viniste, y desaparece de mi vida para siempre.

—¡Claro! No quieres testigos de lo que le estás haciendo a tu pobre padre. Ahora entiendo por qué te molestaba tanto mi llegada. Pero está bien... Me iré. A la calle, por supuesto, porque mi último dinero lo gasté en el pasaje de avión. Pero está bien. Prefiero ser pobre, antes que...

—Bueno... —se animó a decir el doctor Reyes con mucho esfuerzo—. Yo vivo en una casa muy grande... Y ahora que mamita se fue, podría...

Julia empalideció.

—¡No! ¡Claro que no! Tú no podrías nada. Llevas casi un año tratando de invitarme a salir, y ahora pretendes ligar con la primera desconocida que...

—¡Julia! Te desconozco. Y creo que malinterpretaste mis atenciones. Yo simplemente...

—Déjalo, Federico. Ya estoy acostumbrada a que mi vida cambie para mal cada vez que Alma está cerca. Y en cuanto a ti, "primita"... Está bien. Ganaste. Puedes quedarte. Pero será temporal. Y tendrás que conseguir trabajo. Y también vas a ayudar con mi padre, y...

—Lo que quieras, Chon. Ya verás... No habrá motivos para arrepentirse. Todo va a ser como antes. ¡Va a ser como siempre! —respondió Alma, feliz.

Julia la observó con odio. Con ese odio que guardaba desde hacía tanto.

Sí. Como siempre.

* * *

—Sí, ya te escuché, Chon. “Limpiar la cabaña ó antes de las cuatro”. Puedes contar con eso.

Julia observó a su ama de llaves con espanto.

—¿Cómo me llamaste, Luisa?

—“Chon”. ¿No te dice así tu prima? Es algo de cariño. Y te queda bien.

—No, Luisa, no. No hay nada de cariño en lo que hace mi prima.

—¡Vamos! La pobre muchacha es encantadora. No sé por qué te portas como una perra con ella.

—¿Sabes por qué me decía “Chon”? Por “lechón”. De niñas se burlaba de mi peso. Me atormentaba por ser grande, por ser mucho más alta que ella. Y como mis tíos no le permitían decirme “Cerde”, comenzó a llamarme “Chon”.

Esta vez le tocó a Luisa observar a su jefa con extrañeza.

—“Cada santo pide por su ermita”. Tú di lo que quieras, pero Alma me contó que de chicas pasaban las tardes jugando con las cartas al “chin—chon”, y que por eso tus tíos le decían “Chin” a ella, y “Chon” a ti. ¿No era esa la forma en que las llamaban tus tíos?

—Sí, pero sólo porque ella se los metió en la cabeza. Y cada vez que me decían “Chon” mi desagradable primita comenzaba a burlarse de mí. A hacer gestos. ¡Era horrible! Y no quiero que tú también...

—¡Está bien, está bien! —la interrumpió su empleada—. “Pasado el tranco, olvidado el santo”, pero, por algún motivo que no entiendo, desde que llegó tu prima que estás insoportable. Y de verdad no sé por qué. La muchacha es encantadora. Siempre está alegre... No como otras.